ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

H. P. Blavatsky y los Maestros de la Sabiduría.

IV

MADAME Coulomb trató inútilmente de extender el mal. Fué á acusar á la Sociedad al inspector del distrito, y la acusación de que la Sociedad era enemiga de la dominación inglesa era realmente peligrosa —, pero éste manifestó á Mr. Lane-Fox que aquella mujer había proferido absurdos tan incoherentes, que no creyó una palabra de su denuncia. Quedó señalada y rehusó recibirla cuando se presentó de nuevo. Un juez de paz observó que debía esta mujer de ser lunática para creer que alguien podía engañarse por sus maquinaciones. Los misioneros no lograron sacar de esto ningún provecho positivo. «Ningún hombre respetable la cree»—escribe Damodar—; «al contrario, cada vez se simpatiza más con usted y con la Sociedad.» La tentativa fracasó con tanta evidencia, que Mad. Coulomb misma la desaprobó y escribió á Mad. Blavatsky: «He podido decir en mi acaloramiento muchísimas cosas, pero juro por todo lo que quiero más en el mundo, que jamás he hablado de fraude, de pasillos secretos, de trampas, ni he dicho que mi marido os ayuda. Si he proferido semejantes palabras, yo pido al Todopoderoso que lance sobre mí las más temibles maldiciones.» Vencidos por el momento, no desmayaron los Coulomb, y su segunda tentativa debía tener más éxito que la primera. La letra

de Mad. Coulomb parecíase extraordinariamente á la de madame Blavatsky, como nos ha dicho el General Morgan (1) y la falsa carta enviada á Londres y bautizada por el Maestro con el significativo título de campeón, indicaba la línea de ataque preparada.

En Londres, la Sociedad de Investigaciones Psíquicas parecía seriamente impresionada por lo que había visto y oído á propósito de Mad. Blavatsky. Mr. F. W. Myers mismo había visto algunos fenómenos declarando con entusiasmo que no podía dudar de ellos. La Sociedad de Investigaciones constituyó un comité «para reunir, sobre los pretendidos fenómenos relacionados con la Sociedad Teosófica, las pruebas que pudieran suministrarse por los miembros de ese cuerpo actualmente en Inglaterra ó bien fuera». Y el comité envió en seguida á la India á Mr. Hodgson, uno de los miembros, para examinar el asunto en su lugar.

Los Coulomb habían sido activos sin embargo; buscando un medio de mejorar su situación financiera, y furiosos contra la Sociedad, se dirigieron á los misioneros (Mad. Coulomb, como cristiana arrepentida) que habían sostenido una vigorosa cruzada contra la Teosofía. Una veintena de cartas fueron ofrecidas á los misioneros, escritas por Mad. Blavatsky, según se decía, á Mad. Coulomb, donde tomando á ésta por confidente, confesaba sin pudor una multitud de fraudes. Hay alguna incertidumbre sobre el precio á que fueron pagadas. Poco tiempo después de su publicación, el Profesor Patterson, del Colegio cristiano de Madras, respondió á una pregunta del Doctor Hartmann que convinieron en pagar á Mad. Coulomb 1.000 rupias, pero que no había percibido aún más que 75. Esta declaración fué hecha en presencia de Mr. Judge, que la publicó al día siguiente en el *Madras Mail*. El General Morgan dijo que pagaron 150 rupias, pero la suma importa poco. Lo cierto es que compraron las cartas, las publicaron en el *Christian College Magazine*, de Septiembre y meses siguientes de 1884. Á simple vista, para quien conozca á Mad. Blavatsky, esas cartas son falsas; son las de una mujer sin educación, mientras que el estilo de Mad. Blavatsky es brillante, aun en el tono familiar y de conversación. Prueban una perfecta ignorancia de los títulos indios, creando

(1) *Reply to a report*, pág. 16.

por un absurdo error un *maharadjha* de Lahore; y fueron reconocidas inmediatamente sin valor alguno por las personas más calificadas para juzgarlas.

Mr. Lane-Fox, en una carta al *Times*, dijo: «En cuanto á las cartas que se pretende haber escrito Mad. Blavatsky, y que recientemente ha publicado un periódico *cristiano* de la India, de acuerdo con todos los que conocen las circunstancias de la causa, no tengo la menor duda que, cualquiera que sea su autor, no están escritas por Mad. Blavatsky.»

Mr. A. O. Hume, que conoció perfectamente á Mad. Blavatsky, y que no era precisamente su amigo, escribió lo que sigue al *Statesman* de Calcuta: «Señor: He leído un artículo en el *Times of India*, á propósito de algunas cartas escritas según se dice por Mad. Blavatsky á Mad. Coulomb, así como algunas observaciones de usted sobre el particular. Yo quiero advertir á sus lectores y al público en general no acepten esas pretendidas cartas como verdaderas. Y puedo hacer esto muy bien puesto que *toda relación entre mí y Mad. Blavatsky, el Coronel Olcott y Mr. Damodar, han cesado desde hace tiempo*. Hay cosas que no he podido aprobar en la dirección de la Sociedad y de su periódico, y por esto, conservando mi ferviente simpatía por sus objetos manifiestos, no soy, desde hace más de dos años, sino un miembro nominal de la Sociedad Teosófica.

Por esto, pues, sin prejuicio aconsejo á todas las personas que se interesen por la cuestión suspender su juicio sobre la autenticidad de esas pretendidas cartas. Yo no quiero promover esta cuestión. ¿Mad. Blavatsky, es capaz de tomar parte en esos estúpidos fraudes, como el que representan esas estúpidas cartas dirigidas por ella? Lo que quiero consignar es *que Mad. Blavatsky no es tonta;* al contrario, como convendrán todos los que la conocen, amigos y enemigos, es una mujer excepcionalmente hábil y previsora, dotada de una notable y viva percepción de los caracteres. ¿Una mujer de este género habría jamás dado á una persona como Mad. Coulomb ese poder absoluto sobre su porvenir, que implica el hecho de haber escrito unas cartas semejantes? ¿El suponer que en un acceso de locura habían sido escritas por ella, no sería, por otra parte, romper abiertamente con su detentadora? Algunos trozos de esas cartas pueden ser muy verdaderos: uno de los pasajes citados tiene un sentido diferente del que el *Times of India* le atribuye; pero créaseme, ma-

dame Blavatsky es una mujer muy lista para haber *escrito* á una persona algo que pueda *convencerla de fraude*.—Allan-Hume.—Simla, Septiembre 1884.»

Mr. J. C. Mitter notó la flojedad de las alegaciones. «Me habréis de conceder que el *cumplimiento* del llamado *desenmascaro* de Mad. Blavatsky, descansa sólo sobre el testimonio no corroborado de una persona que, según su propia declaración, era cómplice activa en los fraudes, y que se ha exasperado por su expulsión de la Sociedad. Antes de juzgar, deberíase inquirir cuidadosamente el asunto y oir testigos de ambas partes, en vez de afirmar su opinión sobre la declaración de un cómplice sobre cuya veracidad no se sabe gran cosa, sino que ha participado también del fraude. Pero ¿por qué Mad. Coulomb no publicó las cartas, etc., que publica ahora, inmediatamente de haber salido del seno de la Sociedad Teosófica? ¿Es que necesitaba tiempo para prepararse?» La misma Mad. Blavatsky hizo frente á esta baja acusación con la indignación y el calor que le era característico: «Juro por el Maestro á quien sirvo fielmente, y para cumplir cuyas órdenes sufro en este momento, que me maldiga en la encarnación futura y en doce encarnaciones más, si jamás he escrito una línea de esas cartas infernales. Me río de los peritos, de los misioneros del tribunal, del jurado y del mismo diablo. Lo que digo ahora lo diré, no importa ante qué tribunal, delante de todos los jueces de Asia, de Europa y de América. *No he escrito las cartas Coulomb.* Y si la única persona en quien creo sin reservas sobre la tierra, mi Maestro, viniese á decirme que lo he hecho, entonces pasaría eso á mi cuenta, porque nada ni nadie en el mundo, sino él mismo, podría quitarme del cerebro y de la memoria ese acto idiota é insensato. ¡Qué idea! Si hubiera hecho semejante estupidez no me hubiera ido á Europa; habría removido el cielo y la tierra para impedir que el consejo de vigilancia la hubiera exteriorizado; habría vuelto á la primera indicación de peligro... sufro mis faltas de hace siglos; sé *por qué* las sufro, y bajo mi cabeza humilde y resignada. Pero me inclino sólo delante del Karma y de mi Maestro, pero no me inclinaré jamás ante los padres ó por temor á ellos. Podéis publicar esta carta ahora ó cuando haya muerto para que lo sepan.» Y añade: «Si usted ó alguno de ustedes creen verdaderamente que me he hecho en conciencia culpable de algún engaño, ó que me he servido de los Coulomb como

cómplices, ó de no importa quién, y que no soy la pura víctima de la conspiración más infernal que jamás se ha hecho, una conspiración *preparada durante cinco años*, telegrafiadme donde estoy, *que jamás muestre mi rostro ante la Sociedad*, y lo haré. Perezca yo, pero la Sociedad viva y prospere.»

He aquí una cosa sutil, y sin embargo, significativa: Si madame Coulomb hubiera sido cómplice de fraude, ¿hubiera escrito á Mad. Blavatsky el 13 de Agosto de 1883, «creo verdaderamente que me volveré loca si sigo con ustedes»; refiriendo el incidente Morgan y concluyendo: «digo que tiene usted pacto con el diablo», si en ese momento había tomado parte en una impostura, y ella misma había ordenado el fenómeno como lo pretendió más tarde? Si hubiera sido cómplice, hubiera podido perfectamente sostener la farsa delante de testigos, pero de seguro que no habría continuado en las cartas particulares entre sí, especialmente en la misma época en que, según ella, Mad. Blavatsky le escribía con una franqueza tan desvergonzada. Es una falsedad tan gratuíta é inútil, que la carta del 13 de Agosto no es creíble. La carta es completamente natural, como procedente de una cristiana asustadiza y supersticiosa, pero es incomprensible como de una cómplice, de una impostora.

Jamás nadie ha acusado á Mad. Blavatsky de ser tonta, y sin embargo, sólo una tonta podía haber trazado unas cartas tan locamente comprometedoras, y luego querellarse con la mujer que las poseía. La prudencia más elemental se excluye de semejante conducta. En 1889 resumí las pruebas á este propósito en una carta al *Methodist Times*, que bien puede reproducirse aquí: «Estimado señor: Ha llamado mi atención una carta del Profesor Patterson publicada en nuestro periódico el 31 de Octubre; mi nota, á la que responde, fué provocada por el reto que me hicisteis directamente para examinar las pruebas contra mi amiga Mad. Blavatsky, y yo no tenía el propósito de sostener una prolongada correspondencia. Es claro que nos hallamos frente á frente con afirmaciones completamente contradictorias. El Profesor Patterson dice que Mad. Coulomb *no* ha recibido dinero por sus cartas; el General Morgan dice, en folleto publicado en 1884, *Reply to á report*, etc., que «los misioneros escoceses les pagaron (á los Coulomb) 150 rupias para empezar.» El Profesor Patterson dice que todos los teósofos que le han manifestado deseos de ver las cartas, han obtenido permiso.

Mad. Blavatsky me dice que ella lo ha pedido y que se le ha negado. Mr. B. Keightle me dice también que lo ha solicitado y no lo ha obtenido, y que por lo que sabe particularmente de otros teósofos de nota, ha ocurrido lo mismo. No conozco al Profesor Patterson, conozco á esos teósofos y prefiero aceptar su palabra.

«Ahora bien, mi creencia en la falsedad de esas cartas no descansa sobre detalles relativamente insignificantes, sino sobre una percepción general de la causa. De un lado, á un hombre y una mujer que han sido arrojados de una Sociedad, porque la segunda había tratado de estafar dinero. (Hay cuatro causas de semejante tentativa: una mujer á quien Mad. Blavatsky impidió procurarse dinero, y que juró vengarse.) Una mujer que trató de estafar á Mad. Blavatsky, como lo prueba una carta enviada por ella; una mujer que había falsificado las cartas del Dr. Hartmann y del General Morgan, habiéndose querellado contra el último por acusarla de falsedad, retiró la querella antes del juicio, so pretesto que Mad. Blavatsky no estaba. ¿Y qué tenía que ver esta señora con la falsa carta de Morgan? Una mujer, en fin, que según confesión propia, se había hecho cómplice de impostura. Por otro lado existen: el testimonio de un comité compuesto del doctor Hartmann, el General Morgan, J. A. Coope-Oakley, el doctor Gabbhard y de diez caballeros hindos, de categoría, instrucción y capacidad reconocida, que examinaron todos los cargos, y declararon que ninguno tenía fundamento; el testimonio de los que han visto las cartas y asegurado que manifiestamente son falsas (*Report* de 1885), y el testimonio de Mr. G. Row, según cuya «experiencia de veinticinco años, como empleado de justicia... llegó á la conclusión, que todas las cartas, desde la primera á la última, son falsas.» (*Report* oficial 1884). Han de notarse además los siguientes hechos: que los falsos paralelos atribuídos al Dr. Hartmann y al General Morgan, alegando su falta de fe en Mad. Blavatsky, fueron denunciados y desenmascarados inmediatamente por ellos mismos; que las mismas cartas evidencian, por ejemplo, el mal francés, cuando Mad. Blavatsky habla y escribe ese idioma perfectamente, como la mayoría de las personas cultas de Rusia; que Mad. Coulomb, por haber sido expulsada, ha conseguido cortésmente el favor de los misioneros; que las cartas se publicaron mientras Mad. Blavatsky estaba en Europa, que se apresuró á venir para afrontar la acusación, permaneciendo mientras se examinaba el

asunto, y que no regresó sino después de reconocerse la falsedad de las acusaciones. Lejos de huir secretamente, entró en el barco del brazo del magistrado jefe de la Presidencia, y no se marchó sino por orden perentoria del doctor Scharlieb, el médico que la asistía y que temía por su vida si continuaba en el clima de Madras. Tampoco fué llamada como testigo en el asunto Coulomb-Morgan, ni estaba complicada en él. Podía añadir á todo esto el juramento de Mad. Coulomb: «He podido decir en mi acaloramiento muchísimas cosas, pero juro por todo lo que quiero más en el mundo, que jamás he hablado de fraude, de pasillos secretos, ni he dicho que mi marido os ayudara. Si he proferido semejantes palabras, yo pido al Todopoderoso que tome sobre mí las más terribles maldiciones.» Juramento terrible, en verdad, pero no teniendo importancia en semejantes labios.

«En cuanto á la amenaza final del Profesor Patterson, que publique lo que quiera. Si existieran documentos comprometedores, los que se han servido de Mad. Coulomb, no pueden sentir escrúpulo alguno en contra de su publicación. Mad. Blavatsky es pobre, está enferma y cansada y no hay que temer que vaya á la India para perseguirlos.—ANNIE BESANT. — 19, Avenue road N. W.»

Mad. Blavatsky deseaba entablar una querella por difamación al *Christian College Magazine,* pero el Coronel Olcott insistió para que decidiese el asunto la Sociedad: «He indicado á madame Blavatsky que su deber es dejarse gobernar por el consejo general, y no decidir por ella misma. Le he dicho que ella y yo, al crear esta Sociedad tan importante, nos hemos obligado á que se nos considere como agentes en todo lo que respecta á sus intereses, y que debemos subordinar al problema predominante de su prosperidad, así nuestras reputaciones particulares, como nuestras fuerzas y nuestros medios (1). Se eligió un comité y decidió por unanimidad que ella no debía entablar la querella, y Mad. Blavatsky se sometió consolándose con la viva afección y la confianza que le fueron manifestadas.

Mr. Hodgson, el enviado de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, presenció esa memorable reunión de la convención de Diciembre de 1884; pues el Coronel, ignorantemente, le dispensó una buena acogida. La aparente amistad de Mr. Hodgson no

(1) *Ninth Report of the T. S.*, pág. 12.

era, sin embargo, más que un pretexto para ocultar su objeto real, y su honrada indagación nada más que una brecha para destruir con mayor seguridad. El encargado de una empresa como la confiada á Mr. Hodgson, debía tener sobre todas las condiciones una honradez y exactitud adecuadas. Desgraciadamente para él y para todas las personas interesadas, esas especiales cualidades no eran las más preeminentes. Era un joven, segurísimo de sí, profundamente ignorante de las costumbres indias y de los hechos ocultos; más adelante debía adquirir la convicción de la realidad de muchas fuerzas que ridiculizaba entonces con ligereza, de los fenómenos que miraba como imposibles, y que en su ignorancia calificaba de impostura. Su mal Karma habíale hecho un agente destinado á infligir un gran dolor á una mujer inocente en esta vida, y á dar por su mediación un golpe necesario á un gran movimiento espiritual. «En verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está escrito, pero desgraciado el que por el Hijo del hombre es traicionado.»

Mr. Hodgson, antes de dejar Inglaterra, no había manifestado ninguna facultad especialísima, é iba á profundizar los incidentes hiperfísicos en un pueblo que miraban los ingleses como indigno de participar de su conocimiento, y de quien muchos, como Mr. S. Subba-Rao, sentían amargamente la manera cómo Mad. Blavatsky había levantado el velo bajo que ocultaba sus secretos de generación en generación. Es indudable que con su ignorancia inglesa del pensamiento hindo, y su menosprecio inglés por la verdad hinda, vino á tropezar con los cerebros de la raza más sutil del mundo, raza que además, para guardar sus cosas santas del insolente extranjero, no vacila en legar una creencia francamente reconocida ante personas simpáticas. No censuro á ese pobre Hodgson de haber sido zarandeado cuanto pudo serlo; eso es más bien una desgracia que una falta; pero le censuro por el prejuicio que se formó acogiendo libremente todas las sospechas palpitantes y en el aire á las acusaciones dirigidas por los declarados enemigos de la Sociedad Teosófica, é ignorar los testimonios ofrecidos por los amigos de ella. Su actitud fué, no la de un investigador, sino la de un excéptico que sólo busca pruebas de impostura. Mr. Sinnett, que fijó perfectamente su situación después de publicar su Memoria Mr. Hodgson, escribe: «En esa Memoria, aun tal como está ahora, corregida con la prolongada ayuda de personas más entendidas,

aunque hostiles al movimiento teosófico, nada indica que haya comenzado á comprender las principales condiciones de los misterios que ha tratado de esclarecer. Ha supuesto cándidamente que, desde que una persona en la India se consagraba visiblemente á la obra de la Sociedad Teosófica, podía presumirse que deseaba afirmar su crédito y persuadirle que los fenómenos alegados eran verdaderos. Deja adivinar que observó su conducta y las frases dichas al azar para recoger las concesiones que podían volverse contra la causa teosófica. Parece no haber sospechado jamás lo que todo investigador más experimentado hubiera visto inmediatamente, esto es, que el movimiento teosófico, en cuanto trata de dar á conocer al mundo en general la existencia en la India de personajes llamados Mahatmas, avanzadísimos en la ciencia oculta, y las ideas filosóficas que profesan, es un movimiento que ha sido considerado con profundo disgusto por muchos naturales consagrados á esos Mahatmas, y por muchos fervientes discípulos y estudiantes de su enseñanza oculta. La actitud de ánimo tradicional con que los ocultistas hindos miran los tesoros de su conocimiento, es una actitud, en la que la devoción hállase teñida de envidia hacía todos los que tratan de penetrar el secreto en que esos tesoros han estado envueltos hasta ahora. Han considerado que no podían ser adquisición legítima, sino de personas que pasaran por las ordalias y pruebas usuales. El movimiento teosófico en la India, sin embargo, implica una ruptura de ese secreto. Las antiguas reglas han sido violadas bajo la responsabilidad de una autoridad tan alta, que los ocultistas que se encontraban trabajando en la obra no podían menos de someterse á ella. En muchos casos esa sumisión ha sido sólo superficial. Quien haya estado más al corriente de la historia y desarrollo de la Sociedad Teosófica que el enviado de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, ha podido observar, entre sus miembros indígenas más adictos, muchos cuya fidelidad se debía sólo á los Maestros que servían y no á la idea á la cual esas personas se dedicaban, al menos mientras el movimiento tenía por fin demostrar que los fenómenos físicos anormales pueden producirse por los hindos avanzados en la ciencia oculta. Pero para tales gentes la idea de que los profanos europeos, tan indignamente admitidos, según ellos, en los arcanos íntimos del ocultismo oriental, están balbuceando en la creencia que ellos fueron enseñados, que no existía nada efectivamente

en el ocultismo indio, y que el movimiento teosófico era un engaño y una ilusión de que no había que ocuparse más; esa idea ofrecía un encantador atractivo. Así la llegada á su medio de un joven, excesivamente confiado, venido de Inglaterra para ensayar el descubrimiento de los misterios ocultos con los métodos de un detective de Scotland Yard, exponiéndose á toda clase de menosprecio por su falta total de familiaridad con el tono y el carácter del ocultismo moderno, fué naturalmente para ellos una fuente de satisfacción inmensa. ¿Se imagina el comité de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas que los ocultistas indígenas de la Sociedad Teosófica en la India se hallan en este momento apesadumbrados bajo el juicio que ha pronunciado? Estoy muy seguro, por lo contrario, que la mayoría de ellos se ríen de esto. Puede que encuentren la situación un poco complicada en sus relaciones con sus Maestros, en tanto que conscientemente han contribuído al fácil extravío de Mr. Hodgson; pero el espectáculo cómico que Mr. Hodgson ofrece en su misma Memoria, donde le vemos almacenar frases inacabadas é indicar los puntos débiles del testimonio de algunos chelas hindos, contra los cuales hubiera comprendido mejor su tarea previniéndose, ese espectáculo comprendemos que ellos le hallaron divertidos (1).»

Tras la competencia, la honradez es para el investigador la condición más importante. ¿Tenía buena fe Mr. Hodgson? Ante todo, tengo el sentimiento de decir que hay una prueba convincente de todo lo contrario; un hecho que publiqué en Marzo de 1891, en una revista muy conocida de la época, *Time*, y que no tengo nocicia que haya sido contradicho jamás, pues es muy cierto que es imposible de hacerlo. Mr. Hodgson, en su Memoria, publica «un plano de la cámara oculta con el tabernáculo y sus alrededores», según las medidas tomadas por R. Hodgson, ayudado por las declaraciones de testigos teósofos. En la página 220 Mr. Hodgson dice: «el adjunto esbozo sumario, hecho según mis propias medidas, indica las posiciones». El lector verá por qué he insistido sobre el hecho de que Mr. Judge, durante el verano de 1884, hizo tapiar el agujero y enyesar y tapizar después el muro. Si eso se efectuó, pues, en el verano de 1884, ¿cómo Mr. Hodgson pudo hacer el esbozo sumario de las posiciones según sus propias medidas en el verano de 1885? Puede preguntarse uno: ¿Cómo Mr. Hodgson pudo proporcionarse el pla-

(1) *The occult World Phenomena*, por A. P. SINNETT, pág. 2-4.

no? La contestación es sencilla. Mr. Judge nos la da: «Yo hice —dice este último— un plano de los lugares en el estado en que fueron dejados por los Coulomb, y eso es el plano que ha plagiado Mr. Hodgson para su Memoria, queriendo hacer creer que es suyo y que le ha ejecutado sobre el terreno, teniendo ante su vista lo que pretende haber dibujado.» Todo lo que podía haber visto Mr. Hodgson era sencillamente una pared blanqueada. Reproduzco á continuación los comentarios que hice en *Time* sobre tan singular manera de proceder: «Me permito creer que el plagio del plano de otra persona, con las medidas de las cosas tomadas cuando ya no existían al visitar Mr. Hodgson á Adyar, no se ajustan á la mejor buena fe. Y el caso es que la terrible acusación contra Mad. Blavatsky descansa sobre el testimonio de ese hombre. La Sociedad de Investigaciones Psíquicas, que ha aceptado la responsabilidad de la Memoria, no tiene conocimiento alguno de los hechos aportados por Mr. Hodgson. Todo descansa sobre su veracidad. Y éste publica el plano hecho por otra persona como suyo, y presenta medidas imaginarias de objetos que ya no existen.»

En tercer lugar ¿Mr. Hodgson era un hombre exacto ó precipitado ó negligente? Un ejemplo bastará sólo para mostrar la precipitación con que lanzaba sus acusaciones. Mr. Mohini M. Chatterji hace las siguientes observaciones sobre las páginas 357-358 de la Memoria: «En pocas palabras, el fenómeno consiste en que oí al mismo tiempo dar voces, una la de madame Blavatsky y otra de otra persona, mientras que estaba sentado solo con ella en su cuarto, en la casa del difunto Mr. Nobin K. Bannerji, en Darjiling.» «Á propósito de este incidente—dice Mr. Hodgson—no he de recordar al lector el boquete en el muro que estaba cerca del dormitorio de Mad. Blavatsky. El cómplice puede haber sido Baboula, á quien se le había dictado de antemano la respuesta, con una hoja de mango en la boca para disfrazar la voz.» En lo que concierne á esa hipótesis, sólo he de recordar por mi parte al lector, que el incidente no se efectuó en Madras, donde Mr. Hodgson examinó las habitaciones de Mad. Blavatsky, sino en Darjiling, en el Himalaya, muchos meses antes que la casa de Madras estuviese terminada ó se habitase. Dejo, pues, á los demás el cuidado de determinar qué luz cae sobre las conclusiones de Mr. Hodgson con semejante inexactitud, tras esa paciente y penetrante investigación, en

la que se vanagloría de haber prestado siempre gran atención á los hechos» (1).

El primer punto señalado en la Memoria es la presencia de trampas y otras combinaciones en vista del fraude en los cuartos ocupados por Mad. Blavatsky en Adyar. Semejante presencia ha quedado suficientemente explicada en las páginas anteriores, deduciéndose con toda claridad que, si contrariamente á toda evidencia Mad. Blavatsky hubiera pensado emplear medios fraudulentos para efectuar los fenómenos, su utilización se habría realizado más adelante, puesto que no se hallaban disponibles cuando dejó la India en Febrero de 1884, ni estaban acabados ni útiles para el caso en Mayo de 1884, cuando se descubrieron. Pero si eso es verdad, y la verdad es que así está suficientemente probado, ¿qué significación tiene la detallada descripción de Mr. Hodgson á propósito de la complicada disposición por medio de la cual se establecía una comunicación entre la alcoba de Mad. Blavatsky y el interior del tabernáculo colocado en la cámara oculta? Se pretende que la parte superior del respaldo del armario podía girar. Mr. Hodgson no vió el armario y el Doctor Hartman, que lo vió y examinó, dice que tenía un *fondo sólido y fijo* (2), lo que se encuentra confirmado por otras personas. Mr. Hodgson pretende que había un espejo colocado en el armario para ocultar la línea de separación. Nadie ha hablado de semejante espejo, pero había uno sobre un muro en ángulo recto con él, ocultando otra parte de pared movible que se podía ver desde luego en la sala exterior, donde había un boquete en el muro—este agujero jamás existió, como hemos visto—, tras el que se hizo una puerta corredera en la puerta tapiada del muro. Este es probablemente el agujero hecho en el tabique cuando se quitó la puerta. En fin, dice que

(1) *The Occult World Phenomena*, por A. P SINNETT, pág. 47.

(2) «Lo que se llamaba el tabernáculo era un armario, sencillamente colgado en uno de los tabiques del cuarto de Mad. Blavatsky. Tuve ocasión de examinarle en este momento (el día de su llegada) y después con más detenimiento, encontrándole igual á todos los armarios corrientes, con sus departamentos, con fondo sólido y fijo y colgado de una pared sólida al parecer y cubierta de yeso. Sin embargo, como hubo antes una puerta en esa pared, según me dijo Mad. Blavatsky, se hizo tapiar, y como un muro sólido, sin soporte suficiente por debajo, hubiera pesado tanto que las vigas sobre que descansaba habrían cedido, el interior no se rellenó de ladrillos y se le dejó hueco dejando un espacio de doce pulgadas aproximadamente.» (*Report of observations*, pág. 12.)

se hizo una puerta corredera en el fondo del armario. Si alguien entraba en el armario, abría el fondo del mismo, su respaldo y la puerta corredera, á martillazos, por supuesto, para anunciarse, podía deslizarse en el espacio comprendido entre la puerta y el tabique—siendo un niño dispuesto á ahogarse—atravesar luego el boquete del tabique y levantar la parte superior del armario—que habría aparecido también así á los ojos del destinatario esperando su carta para explicarle los martillazos—coger el revés del espejo—colocado en el otro muro del cuarto—y ponerle de lado. Todo eso lo ha oído decir Mr. Hodgson al verídico Mr. Coulomb y á *otra persona*. Si Mr. Coulomb hubiera añadido que todo ello era según su propósito, desgraciadamente interrumpido en vías de ejecución, sería bastante probable. Mr. Coulomb había sido medium en el Cairo, y de gran reputación, y Mr. Coulomb pudo adquirir perfectamente en su servicio su habilidad de carpintero tan ingeniosa. Los Coulomb pueden también haber imaginado utilizar el tabernáculo, con su reputación asegurada, para los fenómenos, para ellos poder acrecentar sus escasos recursos, pues Mad. Blavatsky nos dice cómo Mad. Coulomb se encolerizaba frecuentemente porque no quería mostrar ningún fenómeno por medio de dinero, ni producirlos para atraer algún regalo. Mad. Coulomb no llevaba bien que se descuidase ese medio tan fácil de llenar un tesoro frecuentemente seco, y es posible que la confección de los agujeros y de las puertas correderas se destinaran al uso exclusivo de los Coulomb, más para extraer substancias de los príncipes indios recalcitrantes, que para hacer un complot contra madame Blavatsky. En todo este asunto Mr. Hodgson no hace sino repetir «Mr. Coulomb», no es un juez, sino el portavoz de un acusador, de un cómplice, convertido en testigo del ministerio público. «Mr. Coulomb declara», «una declaración de Mr. Coulomb», «según Mr. Coulomb», tales son sus repetidos asertos. Y las pruebas de los fraudes, fuera de esta fuente contaminada, no aparecen por ningún sitio.

Para completar la evidencia que hay en esta parte del caso de Mr. Hodgson, ó de los Coulomb, pues son lo mismo, puede ser útil la declaración hecha por Mr. Gribble, «el caballero empleado por los misioneros como perito» en lo que respecta á las cartas falsas. Tras su publicación, visitó á Adyar para inspeccionar el «mecanismo de la impostura» que, según la declara-

ción del *Christian College Magazine*, existe indudablemente, y está admirablemente dispuesto para la producción de los fenómenos de Adyar. Dos teorías son posibles en lo que á esto respecta: «O bien ha sido construído por Mad. Blavatsky, y empleado por ella para la producción de esos fenómenos, ó ha sido construído después de su marcha para desacreditarla.» Hay una tercera posibilidad, la que acabamos de sugerir, que puede haberse destinado al uso particular de los Coulomb, en las frecuentes ausencias de Mad. Blavatsky. La falsedad de la primera teoría se ha probado, puesto que el muro y el respaldo del tabernáculo estaban intactos, antes y después que ella dejó á Adyar. La segunda teoría, por consiguiente, parece buena. Mr. Gribble dice: «Se me enseñaron también dos puertas corredizas y los paños que se dicen fueron construídos por Mr. Coulomb después de la partida de Mad. Blavatsky. Uno de esos paños está en la cámara llamada oculta, arriba. Los dos se han hecho sin que se haya tratado de ocultarlos. El primero está encima de una escalera de detrás, y consiste en dos puertas que se abren en una especie de estantes para libros.»

Había una biblioteca contra el muro separando la cámara oculta de la sala exterior, y ese paño tenía detrás un espejo colocado entre los dos cuerpos de la biblioteca, con un estante delante; este es probable que sea el espejo de que habló míster Coulomb á Mr. Hodgson, transportado al tabernáculo para las necesidades de la historia. Continuemos con Mr. Gribble: «Éste parece haberse instalado para poder poner los alimentos sobre los estantes interiores sin abrir la puerta (1). El otro departamento es paño escurridizo que se levanta (2), abriéndose y cerrándose con dificultad. Es, seguramente, de reciente construcción. En su estado actual es, desde luego, muy difícil efectuar ningún fenómeno por su mediación. Ninguna de esas dos estructuras se comunica con el tabernáculo, que está colocado sobre el muro que separa la cámara oculta de la alcoba inmediata (3).» Mr. Gribble parece haber sido un verdadero Balaam,

(1) ¡Esta idea del agente de los buenos misioneros se recomienda por sí misma á los hindos que tienen la costumbre de hacerse pasar los alimentos en sus cámaras pûdja!

(2) Probablemente el que estaba colocado al respaldo del tabernáculo.

(3) *Report of the Result*, pág. 103.

llevado por los misioneros para maldecir á sus enemigos, bendiciéndoles en cambio.

Seguramente, ante esta aplastante evidencia de tantas fuentes, opuesta á la única declaración de Mr. Coulomb, transcrita por Mr. Hodgson, no deberíamos oir hablar más de fenómenos fraudulentos referentes al tabernáculo de la cámara oculta de Adyar.

Se puede añadir un parágrafo final sobre esta parte del asunto: el tabernáculo no estaba fijo sobre el muro, como hemos visto, sino sencillamente colgado, para descolgarse con facilidad. Fuera de un pensionista de Bedlam, ¿quién, pues, hubiera elaborado un aparato complicado para producir con él los fenómenos fraudulentos, dejándole luego colgado libremente delante del boquete, de manera que cualquiera viese de una ojeada el agujero por detrás, ó que levantándole descubriese todo el negocio? Aparte de eso, Mad. Blavatsky iba rodeada de fenómenos por todas partes donde fuera, y el tabernáculo se hizo en 1883, después de su llegada á Adyar; pudo, todo lo más, emplearlo durante los meses que ella pasó allí, y su presencia no puede explicar los fenómenos acaecidos de 1874 á 1882, garantizados por personas respetables, americanas, europeas é hindas. Además, los fenómenos referentes al tabernáculo continuaron después de su marcha de Adyar para Europa. Es preciso, si se ha de dar crédito á la Memoria de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, no sólo condenar á Mad. Blavatsky por impostura, sino condenar también á las personas respetables asociadas con ella durante todos esos años, como conjurados y farsantes. Pues aunque ellos fueran engañados mientras ella estaba presente, es menester que se convirtieran en activos cooperadores del fraude cuando ella se marchó.

La segunda acusación de Mr. Hodgson refiérese á las cartas falsas confeccionadas por Mad. Coulomb, que pretendía haberlas recibido de Mad. Blavatsky. La única prueba de su autenticidad es la palabra de Mad. Coulomb y la opinión de dos peritos, MM. Netherclift y Sims. La opinión de estos señores pierde mucho valor por el hecho de que ambos, en lo que respecta al reconocimiento de la escritura de Mad. Blavatsky, han variado y se han contradicho á sí mismos. Mr. Hodgson les sometió la escritura que creía ejecutada por ella, y quedó «sorprendido al ver» que ambos no la creían su autora. Y cuando la

misma escritura «fué presentada de nuevo por él», Mr. Netherclift dijo que ella era la autora «sin duda alguna» y Mr. Sims tuvo también la amabilidad de cambiar de opinión.

El valor de semejantes opiniones de los peritos ha quedado bien demostrado en el proceso intentado por Mr. Parnell al *Times*. *The Times* fué engañado, como lo fué Mr. Hodgson, por un hábil falsificador, y tuvo que pagar una gran suma por su confianza en peritos del tipo de Netherclift. Su testimonio fué considerado sin valor, y el falsario, convencido de fraude, lo expió públicamente suicidándose. Mr. Montagüe Williams, G. C. el eminente abogado, refiere un caso donde ese mismo perito, Mr. Netherclift y otro, juraron positivamente que cierto escrito lo había hecho un individuo, probándose luego que era de otro. El mismo abogado considera su testimonio sobre los escritos como desprovisto de valor, y dice: «Á mi juicio son absolutamente indignos de confianza» (1). Es, sin embargo, ese hombre absolutamente indigno de confianza, con su testimonio desprovisto de valor el que convendría poner en la balanza con la abrumadora masa de testimonios, certificando la identidad evidente de la escritura de las cartas recibidas por mediación de Mad. Blavatsky y las que se han recibido sin ella. Frente á la palabra de Mad. Coulomb y á la opinión, sin valor, de los peritos, yo me limito á recordar las pruebas dadas anteriormente y me contento con dejar al público que juzgue.

La tercer acusación de Mr. Hodgson es que algunas cartas atribuídas al Mahatma Kut-Humi fueron escritas por madame Blavatsky ó en otros casos por Mr. Damodar. Por lo que respecta á este joven aristócrata hindo, puede decirse que abandonó á su familia, sus riquezas y sus amigos, y quedó fuera de casta, para consagrarse á un trabajo incesante y á dificultades de toda suerte por amor á la Sociedad Teosófica. Perdió todo por ella, y no ganó sino su Maestro. La ganancia, en verdad, ha sido un millón de veces mayor que la pérdida, *si la ganancia era real*. Pero en la hipótesis de que Damodar fuera cómplice de un fraude, entonces su Maestro no existe, y se pregunta: ¿Qué objeto se propondría? Un brahman de la clase superior no está dispuesto á vivir y comer con los europeos, á empobrecerse y á perder su casta por amor á ellos. ¿Es concebible que haya su-

---

(1) *Leaves from á Life*, pág. 263.

frido él para tomar parte en un engaño que nada le reportase? Por lo menos él creía muy fuertemente en semejante engaño para dejar Adyar, cuando se convenció que Mad. Blavatsky no volvería, y viajar hacia el Norte, para hundirse en los desiertos del Himalaya y franquear sus desfiladeros cubiertos de nieve, con el fin de encontrar la morada de aquel en quien creía. Esto es también lo que pasó fuera de la historia de la Sociedad.

Los peritos mencionados cambiaron de opinión en cuanto á la procedencia de las cartas que les sometieron á examen: dijeron primero que no eran de Mad. Blavatsky; luego, no satisfaciendo esto á Mr. Hodgson, dijeron que procedían de ella. Contra su variable opinión se puede oponer la de Herr Ernst Schutze, perito calígrafo de los tribunales de Berlín, que ha testificado bajo juramento que la carta del Maestro K. H. «no tiene la menor semejanza con la escritura de Mad. Blavatsky,» y que ha escrito: «Debo aseguraros positivamente que si creéis que las dos cartas proceden de una misma y única mano, estáis en un crasísimo error». Mr. Hodgson ha hecho un minucioso examen de las cartas y cree que ella las ha escrito; docenas de personas llegan á la conclusión opuesta. Ante todo, en verdad, las dos escrituras son tan diferentes como pueden serlo, y cuando recordamos la enorme cantidad de cartas aparecidas por su mediación, es difícil concebir que haya podido escribir ella esas innumerables hojas manuscritas sin una falta, y de esa hermosa escritura, tan clara, que se parece tan poco á su caligrafía, y, que aun muy característica, está lejos de ser admirable. Pero la dificultad admirablemente insuperable que sale al paso á la teoría de Mr. Hodgson, es que las cartas de esa misma hermosa y delicada escritura han llegado á diversas personas por toda clase de procedimientos en los que Mad. Blavatsky no pudo en modo alguno tomar parte. Tales cartas fueron recibidas, y no por el correo, cuando ella estaba á muchas millas de distancia. He citado así antes un gran número de casos en los que esa escritura fué recibida cuando era físicamente imposible que pusiera en ella sus manos. Tales son los verdaderos hechos presentados contra las suposiciones de Mr. Hodgson.

A falta de hechos, las presunciones sorprenden extrañamente al lector sensato por su carácter ácreo y sin fundamento: «Pudo haber ocurrido... es probable que se puede sospechar... que ésto ó que lo otro... quizás hizo...» He ahí las variaciones so-

bre las citas de los Coulomb. La única idea verdaderamente original de la Memoria es el motivo supuesto por Mr. Hodgson para los pretendidos hechos de Mad. Blavatsky. He aquí una dama rusa, cuya elevado nacimiento y alta posición social son notorios, que juega un papel rídiculo en Europa, América y la India, á costa de su ruina financiera y social, sin ganar en ello nada más que el ultraje y la calumnia, cuando pudo vivir lujosamente con una gran dignidad en su país. Mr. Hodgson rechaza la idea de una monomanía religiosa; admite que el provecho pecuniario no era su objeto, y rechaza la teoría de un «deseo morboso de notoriedad». «Una conversación al azar» le abrió los ojos y le descubrió el secreto de su extraña carrera; se trataba de un agente de Rusia, y «su objeto supremo era el progreso de los intereses rusos». Esta docta conclusión es, quizá, la mejor norma de la capacidad de Mr. Hodgson, tanto más cuanto que está fundada en parte sobre «un escrito fragmentario que forma uno de los documentos Blavatsky-Coulomb», un pedazo de papel, roto, recogido del cesto de Mad. Blavatsky por Mad. Coulomb.

Annie BESANT

EL ÉTER DEL ESPACIO

(Traducido expresamente para SOPHIA por D. José Melián.)

Mucho se ha discutido, especialmente entre físicos y químicos, acerca de la naturaleza de la substancia que, según las hipótesis científicas, debe llenar el espacio. De una parte se sostiene que es infinitamente más sutil que el gas más ténue, absolutamente impalpable é imponderable; de otra se asegura que es más densa que el más denso sólido. En esta substancia se cree que flotan los átomos últimos de la materia como el polvillo en un rayo de sol, al paso que se supone que la luz, el calor y la electricidad sean sus vibraciones.

Ciertos investigadores teosóficos que disponen de medios que no están á disposición de la ciencia ordinaria, han encontrado que esta hipótesis encierra, bajo una sola denominación, dos series de fenómenos por completo diversos y opuestos. Han po-

dido manejar estados de materias superiores al gaseoso, y han observado que la luz, el calor y la electricidad se manifiestan á nosotros por medio de las vibraciones de esta materia más fina. Al ver que esta materia en esos estados superiores ejecuta de este modo las funciones que se atribuyen al éter de la Ciencia, han llamado—quizás impropiamente—etéreos á esos estados, y se han quedado así sin un nombre conveniente para esa substancia que ejecuta la otra parte de las exigencias científicas.

Permítasenos que por el momento demos el nombre de *Koilon* á esta substancia, puesto que llena lo que por costumbre llamamos espacio vacío. Lo que Mulaprakriti ó «materia-madre» es para la inconcebible totalidad de los universos, es el Koilon para nuestro Universo particular, no meramente para nuestro sistema solar, sino para la vasta unidad que incluye todos los soles visibles. Entre el Koilon y Mulaprakriti deben haber varios estados de diferenciación; pero por ahora no disponemos de medios directos para calcular su número ni para conocer nada respecto de los mismos.

En un antiguo tratado oculto, sin embargo, leemos, acerca de un «flúido espiritual incoloro», que existe en todas partes y constituye el principal fundamento sobre el que está construído nuestro sistema solar. Fuera de este último se le encuentra en su pristina pureza solamente entre las estrellas (soles) del Universo... Como su substancia es de distinta naturaleza que la que se conoce en la Tierra, los habitantes de esta última, al ver *al través de ella,* creen en su ilusión é ignorancia que es espacio vacío. «No hay ni tan siquiera el espacio de un dedo vacío en todo el Universo sin límites (1).» La «substancia-madre», se dice en ese tratado que produce este éter del espacio en un séptimo grado de densidad y que todos los soles objetivos son de esta «substancia».

El Koilon aparece como substancia homogénea ante el mayor poder de visión que hemos podido emplear en su examen, por más que tal cualidad no exista en él probablemente, puesto que la homogeneidad sólo puede pertenecer á la substancia-madre. Es más denso, fuera de toda proporción, que ninguna otra substancia de las que conocemos, infinitamente más denso, si se nos permite la expresión; tan es así, que parece pertenecer

(1) Citado en *The Secret Doctrine,* vol. I, pág. 309.

á otro tipo ú orden de densidad. Pero ahora se presenta la parte más sorprendente de investigación: deberíamos suponer que la materia fuese una densificación de este Koilon; pues nada de eso. La materia no es Koilon, sino *la falta de Koilon;* y á primera vista parece que la materia y el espacio hayan invertido sus respectivas situaciones y que el vacío se ha convertido en sólido y lo sólido en vacío.

Para que podamos comprender esto mejor, examinemos el átomo último del plano físico, tal como se halla dibujado en el postrer número del *The Theosophist*. Está constituído por diez anillos ó alambres que se hallan unos al lado de otros, pero sin tocarse jamás. Si se coge uno de estos anillos del átomo y se le estira, por decirlo así, de su forma espiral, dejándolo luego sobre una superficie plana, se verá que es un círculo completo, una rosca sin fin de estrechísimas vueltas. Esta rosca es en sí una espiral conteniendo 1.680 vueltas; puede desenvolverse, y entonces forma un círculo mucho mayor. Esta operación de desenvolver puede ejecutarse otra vez, obteniéndose un círculo aun mayor, y esto puede repetirse hasta desenvolver las siete series de espiras, teniéndose entonces un enorme círculo constituído por los más diminutos tildes ó puntos que pueden imaginarse, como perlas engarzadas en un hilo invisible. Estos puntos son tan inconcebiblemente pequeños, que se necesitan muchos millones de ellos para hacer un átomo último físico, y si bien no se puede fácilmente determinar el número exacto, sin embargo, después de hacer varias líneas de cálculos se obtiene como resultado muy aproximado la cifra casi inconcebible de 14.000 millones. Cuando las cantidades son tan enormes, es evidente que el contar directamente es imposible; pero, por fortuna, las diferentes partes del átomo son lo bastante semejantes para permitirnos hacer un cálculo en el cual el error que pueda cometerse sea insignificante. El átomo consiste en diez alambres, los cuales se dividen, naturalmente, en dos grupos: los tres más gruesos y prominentes y los siete más delgados, que corresponden á los colores y á los planetas. Estos últimos parecen ser idénticos en constitución, aunque las fuerzas que por ellos transcurren deben diferir, por cuanto cada uno responde á su propia serie especial de vibraciones. Contándolas talmente, hemos llegado á saber que el número de espiras del primer orden en cada alambre es de 1.680, y la proporción de los diferentes órdenes de es-

piras entre sí es igual en todos los casos que hemos examinado y corresponde con el número de tildes ó puntos de la última espiral del orden más bajo. La regla septenaria común rige con toda exactitud en las roscas más delgadas; pero existe una variación curiosa con respecto á la serie de tres. Como puede verse en los dibujos, éstas son evidentemente más gruesas y prominentes, y este mayor tamaño está producido por un aumento (tan gradual que apenas es perceptible) en la proporción de los diferentes órdenes de espiras entre sí y en el número de tildes en la inferior. Este aumento, que sólo alcanza actualmente á 00591428 del total en cada caso, sugiere la inesperada posibilidad de que esta porción del átomo puede de algún modo estar sufriendo una modificación; puede estar realmente creciendo, y hay fundamento para suponer que estas tres espiras más gruesas eran originariamente como las otras.

Desde el momento en que la observación nos demuestra que cada átomo físico está representado por 49 átomos astrales, cada átomo astral por 49 átomos mentales y cada uno de éstos por 49 átomos del plano búddhico, es evidente que tenemos en esto varios términos de series regulares progresivas, y lo que naturalmente se desprende, es que la serie continúe donde nosotros ya no podemos observarla. Esta deducción se encuentra comprobada por el hecho de que si presumimos que una tilde sea lo que corresponde á un átomo en el plano séptimo, que es el plano más elevado de los nuestros—como se indica en *The Ancient Wisdom* (Sabiduría Antigua) (pág. 42)—, y luego hacemos que la ley de multiplicación principie sus operaciones de manera que 49 tildes constituyan el átomo del plano siguiente ó sexto, 2.401 el del quinto, y así sucesivamente, veremos que el número que resulta indicado para el átomo físico (496) corresponde casi con toda exactitud con el cálculo basado sobre el número de roscas que talmente se contaron. En verdad, parece muy probable que á no ser por el ligero crecimiento de los tres alambres más gruesos del átomo, la correspondencia hubiera sido perfecta.

Debe observarse que el átomo físico puede ser directamente deshecho y convertido en átomos astrales. Si la unidad de fuerza que hace girar esos millones de tildes en la complicada estructura de un átomo físico se comprime por un esfuerzo de la voluntad y se la hace pasar al plano astral, el átomo desaparece instantáneamente, porque las tildes son puestas en libertad.

Pero la misma unidad de fuerza, al funcionar ahora en un nivel superior, no se expresa por medio de un átomo astral, sino por medio de un grupo de 49. Si se repite esta misma operación en el plano astral de manera que tenga su efecto en el mental, encontraremos que allí el grupo de estos átomos superiores llega á la cantidad de 2.401. En el plano búddhico, el número de átomos formados por la misma cantidad de fuerza es muchísimo mayor, probablemente el cubo de '49 en lugar del cuadrado, por más que no han llegado á contarse realmente. Por tanto, un átomo físico no está *compuesto* de 49 átomos astrales ó 2.401 mentales, sino que *corresponde* á los mismos en el sentido de que la fuerza que se manifiesta por él se mostraría en los planos más elevados, dando energía á aquellas cantidades respectivas de átomos.

Las tildes ó cuentas parecen ser los constituyentes de todos los grados de materia que nosotros actualmente podemos conocer; los átomos astrales, mentales y búddhicos están constituídos por ellas, de suerte que podemos realmente considerarlas como unidades fundamentales, como la base de la materia.

Estas unidades son todas iguales, esféricas y absolutamente simples en su construcción. Aunque sin la base de toda materia no son en sí mismas materias; no son bloques, sino burbujas. No se parecen á burbujas flotando en el aire, pues éstas consisten en una delgada película de agua que separa el aire de adentro del de afuera, de suerte que la película tiene una superficie interna y otra externa. Su analogía es más bien con las burbujas que vemos elevarse en el agua antes de llegar á la superficie, burbujas que puede decirse que sólo tienen una superficie, la del agua que es repelida por el aire contenido. Del mismo modo que esas burbujas no son de agua, sino precisamente los puntos en que falta el agua, así estas unidades no son de Koilon, sino que son falta de Koilon—los únicos puntos donde no le hay—, puntos de nada que flotan en aquél, por decirlo así, pues el interior de estas burbujas del espacio es un vacío absoluto para el máximo poder de visión que podemos concentrar en ellas. Tal es el sorprendente y casi increíble hecho. La materia es la nada, los espacios que se obtienen repeliendo una substancia infinitamente densa; Fohat «abre agujeros en el espacio» verdaderamente, y los agujeros son «nadas» aéreos, las burbujas con las cuales se construyen los universos «sólidos».

¿Qué son, pues, esas burbujas? Ó más bien: ¿cuál es su contenido, esa fuerza que puede hacer burbujas en una substancia de densidad infinita? Los antiguos llamaban á esta fuerza «el Aliento», un símbolo gráfico que parece implicar que los que lo usaron, habían visto el procedimiento cósmico, habían visto al Logos cuando sopló su aliento en las «aguas del espacio», é hizo las burbujas que construyen los universos. Los hombres de ciencia pueden llamar á esta «Fuerza» por el nombre que quieran, los nombres nada significan; para nosotros los teosofistas es el Aliento del Logos, no sabemos si del Logos de este sistema solar ó de algún Sér aún más potente; esto último nos parece lo más probable, puesto que en el tratado oculto antes citado se dice que todos los soles visibles están constituídos por aquél como su substancia.

El Aliento del Logos es, pues, la fuerza que llena estos espacios; Su Fuerza es lo que los sostiene abiertos en contra de la tremenda presión del Koilon; están llenos de Su Vida, de Sí Mismo, y todo lo que llamamos materia en cualquier plano que sea, es en sí divinidad: esas unidades de fuerza, de vida, los ladrillos con los cuales Él construye Su Universo, son Su propia vida derramada en el espacio. En verdad está escrito: «Construyo este Universo con una parte de Mí Mismo.» Y cuando Él aspire Su Aliento, las aguas del espacio se cerrarán de nuevo y el Universo desaparecerá, porque sólo es un aliento...

El aliento que forma estas burbujas es muy distinto y muy anterior á las tres emanaciones ú Oleadas de Vida tan familiares al estudiante teosófico. La primera Oleada de Vida coge estas burbujas y las hace girar, formando con ellas los diversos compuestos que llamamos los átomos de los distintos planos, los cuales junta en moléculas, y en el plano físico en cuerpos simples. Los mundos están construídos con estos vacíos que nos parecen «nada», pero que son fuerza divina. Es materia hecha con privación de materia. ¡Cuán verdaderos son los asertos de H. P. B. en la *Doctrina Secreta!*: «La materia no es nada sino una agregación de fuerzas atómicas» (1) (III, 398); «Buddha enseñaba que la substancia primordial es eterna é inmutable. Su vehículo es el éter lumínico puro, el espacio sin límites infinito, no un vacío resultante de la ausencia de toda forma, sino, por

(1) Más bien podría decirse entonces «átomos de fuerza». (N. del T.)

el contrario, el fundamento de todas las formas» (III, 402).

¡Cuán vívida, con cuánta claridad este conocimiento nos representa la gran doctrina de Mâyâ, lo transitorio y falto de realidad de las cosas de la Tierra, la naturaleza deceptiva de las apariencias! Cuando el candidato á la iniciación ve (no meramente, téngase presente, sino que *ve* talmente) que lo que hasta entonces le había parecido espacio vacío es en realidad una masa sólida de inconcebible densidad, y que la materia que aparece ser la única base tangible y cierta de las cosas es no solamente, en comparación, ténue como pelusilla (la tela tejida por «Padre-Madre»), sino que efectivamente está constituída por el vacío y la nada—es en sí la negación misma de la materia—, entonces, por primera vez, aprecia por completo la inutilidad de los sentidos físicos como guías de la verdad. Aún más claramente se presenta la gloriosa certeza de la inmanencia de lo Divino: no solamente está todo animado por el LOGOS, sino que hasta su manifestación visible es literalmente una parte de Él, está construída con su propia substancia, de suerte que la Materia, así como el Espíritu, es sagrada para el estudiante que realmente comprende.

Annie BESANT
C. W. Leadbeater.

(Se concluirá).

El milagro de Lázaro.

ENTRE los milagros atribuídos á Jesús, hay que conceder una importancia particular, al de la resurrección de Lázaro. Todo concurre á dar en el hecho referido aquí por el evangelista un lugar preeminente en el Nuevo Testamento. Recordemos que este relato no se encuentra nada más que en el Evangelio de Juan, es decir, del evangelista que, por sus palabras de introducción, exige una interpretación precisa de todas sus confidencias.

Juan comienza por estas frases: «En el principio era el Verbo, y el Verbo está en Dios, y el Verbo era Dios... Por Él fueron hechas todas las cosas. Y el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros, lleno de gracia y verdad; y nosotros hemos

visto su gloria, una gloria tal como la del Hijo único enviado por el Padre.»

El que pone semejantes palabras al comienzo de su relato, indica, por decirlo así, que todo el relato debe interpretarse en un sentido particularmente profundo. No puede atenerse uno aquí á los razonamientos que no pasan de la superficie de las cosas. ¿Qué es, pues, lo que el Apóstol Juan ha querido decir con sus palabras de introducción? Dice, claramente, que habla de algo eterno, de algo que era desde el comienzo. Cuenta los hechos, pero no debe tomarse por hechos que se dirige á la vista y al oído, y sobre los que trabaja el espíritu lógico. El Verbo que obra en el Espíritu de los mundos, se oculta bajo los hechos. Esos hechos son para él los vehículos donde expresa un sentido superior. Puede, pues, suponerse que bajo el hecho de un hombre resucitado entre los muertos, hecho que propone á los ojos, á los oídos de la inteligencia lógica las más grandes dificultades, ocúltase un sentido más profundo.

Ha de añadirse otra cosa á eso. Renán ha observado en su *Vida de Jesús,* que, sin duda alguna, la resurrección de Lázaro debió ejercer una influencia decisiva sobre el fin de la vida de Jesús. Tal pensamiento es completamente inadmisible desde el punto de vista en que se coloca Renán. ¿Es que por el hecho de que Jesús resucitara á un muerto debía aparecer tan peligroso á sus adversarios que llegaran á pensar: Jesús y el Judaísmo son incompatibles? No es lógico, pues, decir con Renán: «Quizás Lázaro, pálido aún á causa de su enfermedad, se hizo cubrir de vendas como un muerto y encerrar en su sepulcro de familia. Aquellos sepulcros eran espaciosas habitaciones talladas en la roca, en las que se entraba por una abertura cuadrada que cerraba una enorme baldosa. Marta y María acudieron delante de Jesús, y sin dejarle entrar en Betania, le condujeron á la gruta. La emoción que Jesús sintió al lado del sepulcro de su amigo que creía muerto (Juan, XI-35) pudo ser considerada por los concurrentes, como esa turbación, ese estremecimiento (Juan, XI-33-38) que acompañaba á los milagros; la opinión popular se empeñaba en que la virtud divina fuese en el hombre como un principio epiléptico y convulsivo. Jesús, siempre en la hipótesis anunciada más arriba, deseó ver aún una vez al que había amado, y habiendo sido separada la piedra, Lázaro salió envuelto en sus vendas y cubierta la cabeza en un sudario. Esa

aparición debió mirarse, naturalmente, por todos como una resurrección. La fe no conoce otra ley que el interés de aquello que cree positivo» (1). Esta interpretación del milagro de Lázaro muéstrase sencillamente cándida, sobre todo, cuando le sigue la opinión siguiente: «Todo hace creer, en efecto, que el milagro de Betania contribuyó sensiblemente á acelerar el fin de Jesús.» Y, sin embargo, hay en el fondo de esta última afirmación de Renán un sentimiento justo. Unicamente que Renán no puede interpretar ni justificar ese sentimiento con sus medios.

Es menester admitir, en efecto, que Jesús hizo en Betania algo de excepcional importancia para justificar palabras como éstas: «Entonces los pontífices y fariseos juntaron consejo, y dijeron, ¿qué hacemos? este hombre hace muchos milagros.» (Juan, XI-47.) Renán supone así algo particular. «Es necesario reconocer, sin embargo, que el giro de la narración de Juan tiene algo enteramente diverso de los relatos de los milagros, nacidos de la imaginación popular, de que están llenos los sinópticos. Añadamos que Juan es el solo evangelista que tiene un conocimiento exacto de las relaciones de Jesús con la familia de Betania, y que no se comprende que una creación popular viniese á tomar puesto en un círculo de recuerdos tan personales. Lo que parece probable es que el prodigio de que se trata no fué uno de esos milagros completamente legendarios, y de los que nadie es responsable. En otros términos, nosotros creemos que sucedió en Betania alguna cosa que fué considerada como una resurrección.» ¿Eso, no quiere decir que Renán sospecha que lo que pasó en Betania fué una cosa para la cual no hay explicación? Se pone á cubierto tras estas palabras: «A la distancia en que nos encontramos de aquella época, y en presencia de un solo texto, que ofrece señales evidentes de artificios de composición, es imposible decidir si, en el caso presente es todo ficción, ó si un hecho real, sucedido en Betania, sirvió de base á los rumores extendidos.» ¿Pero qué quiere decir esto? ¿No podríamos encontrarnos en presencia de un texto que bastaría leer bien para comprenderlo bien? Entonces quizás dejaría de hablarse de «ficción».

Hay que reconocer que todo este relato del evangelio de Juan está envuelto en un velo de misterio. Un solo detalle lo probará.

---

(1) Renán, *Vida de Jesús*, XXII.

Si el relato ha de tomarse á la letra, ¿qué sentido habrá de darse á estas palabras: «su enfermedad no es mortal, sino una enfermedad para la gloria de Dios, á fin de que su hijo sea honrado?» Y qué de estas otras: «Jesús dijo: Yo soy la resurrección y la vida. El que crea en mí vivirá hasta que deba morir» (Juan, XI-4 á 25). Sería trivial creer que Jesús quiso decir: Lázaro no cayó enfermo sino para dar á Jesús ocasión de mostrar su arte. Otra trivialidad sería atribuir á Jesús la idea de que la fe en él hacía literalmente resucitar á los muertos. ¿Qué habría de extraordinario en un hombre resucitado entre los muertos, y qué después de la resurrección y lo mismo que antes? ¿Qué sentido habría de darse á la vida de un hombre tal por estas palabras: «Yo soy la resurrección y la vida?» La vida y el sentido entran en las palabras de Jesús, si las tomamos desde luego simbólicamente, y luego de una cierta manera *literal*, como están escritas en el texto. ¿Jesús no dice que personifica la resurrección ocurrida á Lázaro, y que es la vida misma que vive Lázaro? Tómese á la letra lo que es Jesús en el evangelio de Juan.

Es el Verbo hecho carne. Es el Eterno que ha existido desde el comienzo. Si es verdaderamente la resurrección, entonces es la vida eterna primordial que ha sido despertada en Lázaro. Se trata aquí, pues, de una evocación del Verbo eterno, y ese Verbo es la Vida á la que Lázaro ha sido despertado. Trátase aquí de una enfermedad que no lleva á la muerte sino «á la gloria de Dios». Si el Verbo eterno ha resucitado en Lázaro, entonces todo ese acontecimiento manifiesta la gloria de Dios. Pues por todo ese proceso, Lázaro ha venido á ser otro. Antes de eso, el Verbo, el Espíritu, no vivía en él; ahora ese Espíritu vive en él. Este espíritu ha sido engendrado en su alma. Seguramente todo nacimiento va acompañado de una enfermedad; pero esa enfermedad no lleva á la muerte, sino á una vida nueva.

¿Dónde se encuentra la tumba de donde ha nacido el Verbo? Para contestar á esta pregunta basta con pensar que Platón llama al cuerpo del hombre «una tumba de el alma». Y basta con recordar que Platón habla también de una especie de resurrección cuando alude al despertar de la vida espiritual en el cuerpo. Lo que Platón llama el alma espiritual, Juan lo designa por el Logos, el Verbo ó la Palabra. Platón hubiera podido decir: El que se espiritualiza, ha resucitado algo divino en la tumba de su cuerpo. Y para Juan la vida de Jesús es esa resurrec-

ción. Nada de sorprendente tiene, pues, que haga decir á Jesús: «Yo soy la resurrección.»

No puede dudarse que el episodio de Betania es una resurrección en el sentido espiritual. Basta para caracterizar su aventura con las palabras de los que fueron iniciados en los misterios, y el sentido descúbrese inmediatamente. ¿Qué dice Plutarco del fin de los misterios? Que debían servir para reparar el alma de la vida corporal y unirse á los Dioses. He aquí cómo Schelling escribe las sensaciones de un iniciado: «El iniciado debía convertirse por iniciación en un miembro de la cadena mágica, en un kabiro (1), siendo recibido en un organismo indestructible, y como dicen las antiguas inscripciones, siendo un asociado del ejército de los Dioses superiores.» (Schelling, *Filosofía de la Revelación*). No se puede designar de una manera más significativa el entusiasmo que se producía en la vida de un hombre que había recibido la iniciación, que por estas palabras de Adesio á su discípulo el Emperador Constantino: «Cuando tomes parte en los misterios, te avergonzarás de haber nacido como un hombre.»

Cuando el alma se penetre de tales sentimientos, el suceso de Betania aparece bajo su verdadera luz. Entonces el relato de Juan hácenos vivir algo de particular. Entrevé el alma una certidumbre que ninguna interpretación lógica ni ninguna explicación racional pueden dar. Un misterio en el verdadero sentido de la palabra está ante nuestros ojos. El Verbo eterno ha entrado en Lázaro. Ha venido á ser, para hablar el lenguaje de los misterios, un verdadero iniciado; y el suceso que se nos ha referido es un fenómeno de iniciación.

Representémonos toda la escena como una iniciación: Jesús ama á Lázaro. Pero no es una amistad en el sentido ordinario de la palabra; eso sería contrario al sentido del Evangelio de Juan, donde Jesús es el Verbo. Jesús ha amado á Lázaro porque le ha juzgado dispuesto ya para revelar el Verbo en él. Había relaciones entre Jesús y la familia de Betania. Eso quiere decir que Jesús había preparado todo en esa familia para el acto final del drama: la resurrección de Lázaro. Este es el discípulo de Jesús. Es un discípulo tal, que Jesús puede tener la certeza de que la resurrección se cumplirá en él. El último acto

(1) Llamábanse kabiros á los iniciados de Samotracia.

de la resurrección consistía en una acción simbólica. El hombre no debía de comprender la frase: «¡levántate y anda!»; debía cumplirla por un acto. Debía dejar su parte terrestre, aquélla de la que el hombre superior en el sentido de los misterios debía avergonzarse. El hombre terrestre debía morir. Su cuerpo estaba sumergido *durante tres días* en un sueño letárgico. Atendiendo á la prodigiosa transformación vital que se efectuaba en él, ese acto no puede designarse de otro modo que como simbólico-real. Pero ese proceso era un acontecimiento que partía la vida del consagrado á los misterios en dos partes. El que no conoce por experiencia personal el contenido superior de semejantes actos, no puede comprenderlos. No se le puede dar sino una idea aproximada por comparaciones.

Resumamos, por ejemplo, en algunas palabras la substancia de la tragedia de Shakspeare, *Hamlet*. El que comprende ese resumen puede decir, en cierto modo, que conoce á Hamlet, según la lógica lo conoce en efecto; ¿pero cuán otro conocimiento no poseerá el que ha visto la tragedia schakspeariana desarrollándose ante sus ojos con toda su riqueza? Ese habrá vivido la esencia de ella, que habrá pasado por su corazón, y ninguna descripción sería bastante para reemplazar en él la sensación vivísima que contiene un infinito. Para él la idea ha venido á ser un suceso artístico, una experiencia del alma.

Lo que en el caso de una representación dramática, se efectúa en la imaginación del espectador, efectúase en el hombre, en un plano superior de la conciencia, por el hecho mágico y significativo de la resurrección, es el coronamiento de la iniciación. En él, el hombre ve simbólicamente lo que adquiere espiritualmente. El cuerpo terrestre ha sido verdaderamente el de un muerto durante tres días. Del seno de la muerte surgirá la vida nueva. El alma inmortal ha sobrepujado á la muerte. Sale de ella con la conciencia de su inmortalidad, porque la ha vencido.

Eso es lo que ocurre á Lázaro. Jesús le había preparado para la resurrección. La enfermedad de que se trata en el Evangelio de Juan es, á la vez, simbólica y real. Es una prueba de la iniciación que debe conducir al iniciado, tras un sueño de tres días, á una vida verdaderamente nueva.

Lázaro estaba preparado para cumplir esa metamorfosis en él. Llevaba la túnica de lino de los consagrados á los misterios.

Cae también en una letargia que es un símbolo de la muerte; y se le cierra también en una cripta. Cuando Jesús llegó no habían transcurrido los tres días. «Quitaron, pues, la piedra del lugar donde estaba echado el muerto. Y, Jesús, levantando los ojos al cielo dijo: «Padre mío, te doy las gracias por lo que me has ayudado.» (Juan, XI-41.) El Padre escuchó á Jesús, porque Lázaro llegó al acto final del gran drama del conocimiento. Reconoció cómo se llega á la resurrección. Acababa de *efectuarse* una iniciación en los misterios. La iniciación, tal como se había concebido en la antigüedad, acababa de *efectuarse* á la luz del día. Jesús había sido el iniciador de ella. Y así es como siempre se representaba la unión con lo Divino.

Las palabras de Jesús que siguen á ese acto son significativas: «Sabía bien que me oirías siempre: pero digo esto á causa de este pueblo que me rodea, á fin de que crea que me has enviado.» En el fondo, este suceso no era para Jesús un fin, sino el medio. Le provocó á fin de que los que no creían en la resurrección sino bajo una forma exterior, creyesen bajo su palabra. Para él lo principal es la resurrección del alma, de la que es un símbolo la del cuerpo. Puede concluirse que creía en otro género de resurrección, y que esa resurrección era precisamente la suya. Ahora bien, la resurrección del Cristo debía producir un efecto sobre toda la humanidad. Debía ser, en cierto modo para todos los hombres, lo que la resurrección de los misterios era para los iniciados. Lázaro, el resucitado, debía ser el testimonio consciente del gran suceso histórico de la resurrección del Cristo. En Jesucristo la tradición inmemorial ha venido á ser una persona. Y el evangelista del espíritu ha dicho así muy bien: «En él el Verbo se hizo carne.» Tiene el derecho de ver en Jesús un misterio corporizado. Es menester leer con esta idea los hechos, que son aquí espirituales. Si un sacerdote del antiguo cielo hubiera escrito este evangelio, su relato hubiera tomado la forma de un rito tradicional. Para Juan ese rito vino á ser una persona. Se convirtió en «la vida de Jesús».

Un gran sabio moderno, Burkhardt, ha dicho en su libro sobre la época de Constantino: «Jamás se hará luz sobre los misterios antiguos.» Y es que Burkhardt no ha podido encontrar el camino que lleva á esa luz. Léase el evangelio de Juan como el cumplimiento á la vez simbólico y personal en la vida de un hombre, y en un momento capital de la historia del gran drama

del conocimiento que los antiguos representaban en sus templos, *y la mirada se hundía en el curso del misterio universal á través del misterio cristiano.*

En el grito de Jesús: «¡Lázaro, sal!» puede reconocerse la voz de los sacerdotes iniciadores del Egipto, llamando á la vida todos los días á sus dicípulos, acostados en la tumba y sumidos en el sueño letárgico donde estaban sumidos para morir para las cosas terrestres, y percibir el mundo divino en el transporte del éxtasis. Jesús había divulgado así el secreto de los misterios. Compréndese, pues, que los judíos pudieran dejar impune un acto semejante, que los griegos hubieran podido no castigar á Esquilo si realmente había traicionado los secretos de Eleusis.

Pero Jesús no concedía ninguna importancia á los procedimientos exteriores de la iniciación. «Sabía bien que me oirías siempre; pero digo esto á causa de este pueblo que me rodea, á fin de que crea que me has enviado.» En los misterios provocábase la convicción de la inmortalidad del alma por sabios y secretos procedimientos. La antigüedad ha dicho así por boca de sus poetas: «Dichosos los *iniciados* porque *han visto.*» Jesús quiso dar la felicidad á todos; por eso hubo de decir: «Dichosos *los que no han visto* y han creido sin embargo.»

Rodolfo STEINER

MISTICISMO

De todas las aspiraciones que en los momentos de mayor sosiego siente el alma, creemos que la más plácida, noble y elevada, es la que se conoce con el nombre que sirve de epígrafe á estas líneas. Cuando en alas de un poder que le es inherente, se remonta el alma hacia las esferas de la espiritualidad en donde mora su Dios interno, entonces experimenta una satisfacción, un bienestar, que en vano busca el hombre mundano que se afana por atesorar riquezas, por adquirir honores y conquistar gloria, y que corre ansioso tras los placeres efímeros que este mundo de grosera materia puede proporcionarle. Nada existe acá en la tierra que sea comparable con el goce que dimana de la práctica del misticismo, del cual, tarde ó temprano, resulta la unión entre el Yo humano y el Yo divino. Por medio de la

práctica del misticismo, nos separamos, siquiera sólo sea por breves momentos, de la vista de esta miserable tierra, y nos parece como si hubiésemos logrado la liberación; nos parece como si hubiésemos conseguido librarnos de las miserias de los renacimientos forzosos, que es el objetivo que persigue el místico, ya que, en tanto esté el hombre sujeto á ellos, no cesarán sus sufrimientos, y será tan esclavo de este mundo como lo es el árbol que está adherido á la tierra, y tan débil como la brizna de paja que el viento sacude arrastrándola de acá para allá.

Si nuestras débiles fuerzas nos permitieran dilatar, por modo indefinido, los momentos aquellos en que nos sentimos arrobados por un intenso amor hacia nuestro Maestro, entonces creemos que se nos haría visible, ó mejor dicho, le veríamos, puesto que Él está siempre presente á nuestro lado. Pero el Maestro no puede ser visto con los ojos físicos, y como sea que la inmensa mayoría de los seres humanos no tenemos todavía desarrollado el ojo espiritual, de ahí la imposibilidad de percibirlo. Estas fuerzas deben ser estimuladas y engrandecidas por medio de la constante práctica del misticismo transcendental, ó sea la aspiración hacia lo espiritual y divino. Cuando nuestras aspiraciones son verdaderamente espirituales y divinas, entonces nos unimos por modo infalible con nuestro Maestro, aun cuando nosotros somos inconscientes de ello. La unión con nuestro Maestro ha de ser primero inconsciente, y después consciente. Las plegarias que le dirigimos desde lo más íntimo de nuestro sér, Él las oye, pero no puede contestarnos de modo que sea perceptible á nuestros groseros sentidos físicos. El Maestro nos ama mucho más que nosotros amamos á nuestros hijos, pero no puede hacer más en beneficio nuestro porque la inexorable Ley se lo impide.

El hombre, pues, no puede percibir á su Yo superior ó Maestro por medio de los sentidos físicos. Por este motivo decía Krishna á su discípulo Arjuna que debía concederle el ojo espiritual á fin de que pudiera verle en toda su majestad y grandeza. Nosotros somos este discípulo Arjuna, y nuestro Maestro es Krishna, nuestro guía ó ángel protector que desde hace muchos millones de años nos tomó á su cargo; que nos guía, protege y favorece todo cuanto nuestro Karma lo permite, y que se unió á nosotros y es nuestra Alma gemela á la mitad de la tercera Raza Raíz. Por esta razón nos enseña la Teosofía que hay tantos dio-

ses en el cielo como hombres en la tierra, esto es, que hay tantos Krishnas en los planos Manásico, Búddhico y Átmico, como Arjunas en los planos Terrestre, Astral y Manásico.

Las fervientes y ardorosas frases saturadas de amorosas lágrimas que el místico dirige á su Dios interno, por nada del mundo quisiera que fuesen oídas por el hombre mundano. Así como el amante murmura al oído de su amada palabras de un intenso cariño que sólo desea sean oídas por el objeto de su amor, del mismo modo, pero de una manera mucho más transcendental y pura, el místico articula frases que dirige á su Dios desde el fondo y en el silencio de su corazón, las cuales desea lleguen intactas al oído de su Amado. Nada hay en este mundo que pueda ser comparado con la felicidad que experimenta el hombre cuando percibe por modo consciente que éstas frases las oye su Dios, pues entonces se establece un coloquio entre ambos, durante el cual el afortunado mortal se halla en el mismo elevado plano en donde de ordinario mora el Dios con quien suspira por unirse.

Como se ve, por lo que antecede, el misticismo es una aspiración, un trabajo, una acción constante para alcanzar la unión con nuestro Padre celestial, como Jesús decía la había alcanzado con su respectivo Padre. «Mi padre y yo somos uno»—decía Jesús—, esto es, yo, Jesús, he conseguido, á fuerza de trabajo, pureza y perseverancia, ser plenamente consciente de la presencia de mi Padre, y continuaré siéndolo hasta que á mi vez, y en venideros manvántaras, me convertiré en el Padre celestial de hombres futuros.

Pero este trabajo y acción constante ¿debe el místico limitarlos á la contemplación y adoración de su Dios en el silencioso santuario de su corazón? Nosotros entendemos que debe hacerlos extensivos al mundo exterior. Debe ejercer su acción en este plano físico y en todas las circunstancias de la vida terrena, lo mismo por modo abstracto que de una manera concreta; es decir, lo mismo en pensamiento que en palabra y obra. Para ello debe el místico interesarse por todo aquello que tienda á elevar el nivel moral é intelectual de la humanidad; defender todo lo que en conciencia crea justo, después de haberlo examinado con entera imparcialidad y sumo cuidado, y dar su leal parecer en todos aquellos asuntos en los cuales su Karma le manda intervenir, puesto que por algo los ha puesto

*

á su paso. El verdadero místico no se deja seducir por aquella egoísta devoción que tiende á desentenderse de todo lo que no es de naturaleza puramente abstracta y espiritual, olvidando que se halla en un mundo concreto y material que no podemos desatender, puesto que sin las experiencias que en él adquirimos, nuestro progreso no sería posible. La sentencia «dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César», puede aplicarse aquí. Debemos dar al mundo espiritual lo que le corresponde, mas no debemos olvidar al mundo material, pues ambos son vehículos de nuestro progreso.

El verdadero místico sabe prescindir de amistades, y sólo tiene ante sí la idea de la justicia. Cuando se origina alguna diferencia entre sus semejantes, se interesa por descubrir la verdad, á fin de saber de parte de quién está la razón, colocándose resueltamente á su lado, y defiende con tesón y sin temor á nada ni á nadie, todo lo que su conciencia le dicta que es justo y equitativo. Aquel que se halla en el caso de poder coadyuvar al triunfo de la verdad, y por miramientos humanos ó de otra cualquier clase, deja de colocar el peso de su valimiento en la balanza de la justicia, con el pretexto de que se trata de cosas baladís que á él no le interesan, obra á manera del cobarde y egoísta que sólo se mueve y agita cuando se trata de algo que personalmente le interesa. ¿Qué sería del mundo, y cómo hubiera alcanzado el relativo grado de progreso actual, si no hubiera habido quien, arrostrando todas las persecuciones é injusticias de los retrógrados, de los que militan en las destructoras filas de la *izquierda*, se atrevió ayer y se atreve hoy á decir la verdad, aun cuando haya sido y sea (por desgracia todavía) á costa de sufrimientos, penalidades y hasta de la muerte? Sin estos esforzados campeones de la verdad, aún nos hallaríamos millares de leguas lejos del punto progresivo que hemos alcanzado. El místico no espera á que bajen los ángeles del cielo á ejecutar lo que él puede hacer, sino que sabiendo que es un ser libre y responsable, se dedica á la acción en todas las circunstancias de la vida, pues sabe que la acción es indispensable en todos los planos de la existencia, y que sin ella no es posible el progreso. Los mundos, los universos y el mismo Kosmos, fueron desarrollados por la acción, y á ella deben atenerse y dedicarse todos los seres grandes y pequeños, conscientes é inconscientes, sabios é ignorantes.

Tratándose del místico Teosofista, y teniendo en cuenta que por el mero hecho de abrazar la Teosofía ha creído que ella encierra la verdad relativa que el hombre puede alcanzar en este mundo, debe defenderla siempre y cuando vea que ha sido atacada, bien sea por propios ó extraños. El místico Teosofista que por temor ú otra causa cualquiera no sale á la defensa de la santa y noble causa que espontáneamente abrazó, no cumple con su deber y se deja llevar por un mal entendido misticismo que no se preocupa por defender los fueros de la verdad y de la justicia, sino que, por el contrario, tiende á fomentar los intereses personales ó de secta. El hombre, y con mayor motivo el Teosofista, debe ante todo y sobre todo ser justo; debe ante todo y sobre todo ser amante y fiel servidor de la verdad, y para ello es indispensable que no se deje engañar por una benevolencia y caridad mal entendidas y peor aplicadas. La verdadera benevolencia y caridad no deben, no pueden estar reñidas con la verdad y la justicia. La verdad es la base fundamental del Kosmos. Sin ella todo es deleznable, todo es mezquino, y ni nosotros ni los universos que nos sustentan existirían. Por tanto, no puede haber benevolencia ni caridad que no esté basada en la verdad y la justicia. Todo lo que se separa de la verdad y de la justicia, por más que le apliquemos, ó mejor dicho, por más que lo disfracemos con los bonitos nombres de benevolencia, caridad, simpatía y compasión, no es otra cosa más que adulación, compradazgo, cálculo interesado, hipocresía ó ignorancia. Un hombre puede decir grandes verdades y ser tan justo como la misma Ley del Karma, con lo cual dicho se está que será benévolo y caritativo, y sin embargo, puede ofender y lastimar en grado sumo á los mismos á quienes este hombre quiere beneficiar diciéndoles la verdad, pues comprende que si por temor y cobardía, ó por miramientos personales y mundanos, deja de ser justo y por ende caritativo, y en vez de decir la amarga verdad, articula frases engañosas y aduladoras, con ello renuncia á ejecutar un acto laudable y deja de hacer un bien al individuo ó al mundo en general, creando de esta suerte un mal Karma que tarde ó temprano tendrá que expiar.

El mal crece y se agiganta cuando en su destructora y voraz carrera no encuentra quien le ataje el paso, y deber es del místico Teosofista y de todos los Teosofistas en general, combatirlo do quiera que se presente, y muy especialmente cuando osa

exhibirse en el seno mismo de nuestra sociedad, puesto que por algo somos Teosofistas, lo cual quiere decir que debemos militar en la vanguardia de la vanguardia en todos los aspectos del progreso humano.

Otra consideración debemos hacer aquí á fin de que la reflexión, el sentido común y la lógica sean nuestros guías en todos los actos de nuestra vida. Hemos dicho que el Teosofista debe colocarse resueltamente al lado de la verdad, por amarga que ésta sea, pero para ello es necesario que proceda con la mayor prudencia. No debe juzgar á la ligera, ni emitir juicios, sin estar seguro de que éstos se hallan cimentados en la indestructible roca de la verdad, pues, de otro modo, se expone á perjudicarla en vez de defenderla. Cuando crea oportuno y justo criticar ó desaprobar algún acto individual ó colectivo, algún hecho que haya mediado entre dos ó más individuos ó colectividades, y comunicar esta crítica ó desaprobación á sus amigos en particular, y sobre todo, cuando quiera lanzarlas á los vientos de la publicidad, debe procurarse todos los datos que concurren en el asunto que trata de juzgar. Debe oir á las dos partes litigantes; revestirse de todo el espíritu de justicia que le sea posible; reunir en un solo y apretado haz toda la suma de imparcialidad que encuentre en el fondo de su corazón, invocar al Dios que mora en su interior, y entonces, y únicamente entonces, se hallará en condiciones adecuadas para poder emitir un juicio que, bien sea erróneo ó acertado, será el fiel reflejo de que ha hecho cuanto le ha sido posible para ser un digno defensor de la verdad. Aquel que sin haber oído á las dos partes litigantes, comete la imprudencia de emitir un juicio, mayormente si este juicio se hace público, aun cuando acierte, crea para sí un mal Karma. ¡Cuánto mayor mal Karma crea para sí aquel que se equivoca, y sobre todo, aquel que emite un juicio con el deliberado, parcial ó injusto propósito de favorecer á una determinada persona ó colectividad! Vale mil veces más equivocarse defendiendo desinteresada y lealmente lo que nuestra conciencia nos dice ser justo, que acertar, haciendo traición á la misma.

Concluyamos diciendo. El misticismo es acción en todos los planos del sér. Llevemos, pues, nuestra acción á todos los planos. No olvidemos cumplir con ninguno de nuestros deberes. No dejemos de defender lo que en conciencia creamos ser justo

siempre que las circunstancias nos presenten ocasión para ello. No seamos místicos á medias.

José GRANÉS

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

En 26 de Septiembre ultimo, la Sección Cubana de la S. T. ha celebrado una Convención especial, para elegir Secretario general, cubriendo la vacante ocasionada por la muerte de don José María Massó, habiendo sido elegido para este cargo don Rafael de Albear y Saint Just, que desempeñaba actualmente el de Secretario general *pro tempore*. Felicitamos cordialmente al nuevo Secretario general y á la Sección Cubana de la S. T.

***

Nuestro querido amigo Mr. G. R. S. Mead, editor de *The Theosophical Review*, ha cambiado de domicilio, siendo sus señas para lo sucesivo éstas: 16, Selwodd Place, Onslow Gardens, S. W.

***

La Rama Dharmah, de la S. T., fundada el 29 de Julio de 1902 en Pelotas (Brasil), nos comunica, por circular de 6 Agosto 1908, que al celebrar el VI aniversario de su fundación, eligió su Junta directiva para el año social 1908-9, siendo elegidos los señores D. José Pedro Franz, Presidente; D. Antonio Suiz Machado, Secretario, y D. Juvenal Augusto da Silva, Tesorero.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Sr. Secretario, rua Marechal Deodoro, núm. 208, Pelotas.

***

Mrs. Annie Besant, Presidente actual de la Sociedad Teosófica, es seguro que el año próximo visitará Europa, y que en 1910 recorrerá América. En la actualidad se dispone á regresar de Adyar á Benarés para asistir á la Convención anual.

***

Con el título de *El hilo de oro* empezará en el presente mes

en el Ateneo de Madrid una serie de Conferencias sobre la historia y filosofía de las religiones el Director de Sophia, nuestro hermano y amigo Rafael Urbano. Al propio tiempo, con carácter popular, dará, probablemente, un curso sobre enseñanza religiosa, en el Círculo Socialista de la calle de Relatores, con el título de *Los Fundadores,* biografías y estudios de los principales instauradores religiosos: Buddha, Pitágoras, Moisés, Jesús, Mahoma, Lutero, El Bab.

Tanto en una como en otras conferencias, el conferenciante hará uso del aparato de proyecciones.

* * *

El movimiento teosófico en Bulgaria, país puesto de actualidad por la realización de su reciente independencia, cuenta con unos diez años de trabajo.

Al idioma eslavo, que se habla en el país, se han traducido ya numerosas obras de Teosofía, siendo, entre otras, las siguientes las que gozan de mayor difusión: el *Catecismo buddhista,* de H. S. Olcott; el *A B C de Teosofía* y un gran número de obras de Leadbeater y de Annie Besant, incluso *La Sabiduría Antigua.* La primer Rama de la Sociedad adquirió su carta de fundación en 1903.

El maestro espiritual de Bulgaria ha sido el célebre pastor Bogomil, de quien nos ocuparemos con algún detenimiento, pues es una de las figuras más notables de la nación eslava, que ha conquistado por fin su libertad.

BIBLIOGRAFÍA

R. Comet Fargas. — *Desarrollo de las Ciencias Médicas y Dinamismo.* Barcelona, 1908.

Es preciso cultivar todos los ramos del saber humano para facilitarse el camino en el estudio del ocultismo; pero entre todas las manifestaciones del conocimiento merece especial atención la Medicina. Este hecho fué el que indujo á muchos hombres de ciencia á incluir la Medicina entre sus estudios predilectos, relacionándola con la Astrología y la Botánica y hermanándola íntimamente con la madre de las ciencias, hoy despreciada con el nombre de

Filosofía. Reconociendo esto muchos de los hombres consagrados al estudio de la salud del cuerpo, aun combatidos por los empíricos que ante el hecho escueto no quieren reflexionar sobre las causas que lo motivaron, siguen con valor dignísimo luchando por la aplicación de principios racionales, pero no por esto menos comprobados, con el método experimental y su propaganda entre lo que se llama vulgarmente «la Ciencia».

Inspirado en estas ideas nuestro muy querido amigo el Dr. Comet, nos sorprendió con su interesante libro, lleno de doctrina que cualquier ocultista no tendría inconveniente en firmar. Allí se traen oportunamente á colación los escritos del Dr. Carracido, uno de nuestros más afamados químicos, con los de Raymundus Llulius, citando una muy poco conocida obra donde se hace referencia á la evolución, obra que parece fué publicada en Valencia el año 1512; los escritos de Annie Besant, Baraduc, Cajal y otros conocidísimos personajes en el mundo del saber, referidos todos para comprobación y prestigio de la Medicina homeopática, como honor al eminente sajón Samuel Hahnemann.

Al leer esta obra hemos sentido una grande y honda satisfacción, puesto que en ella veíamos comprobadas é inteligentemente ilustradas todas nuestras opiniones sobre la ciencia de curar no tan sólo el cuerpo, sino haciendo extensiva esta Medicina al alma, á aquella parte moral, asiento en nuestro sér de casi todas las enfermedades que luego vemos reflejadas en nuestra parte física.

C. W. Leadbeater.—*El hombre visible é invisible.*—«Biblioteca Orientalista». R. Maynadé, Princesa, 14. Barcelona, 1908.—Un volumen con un frontispicio, tres diagramas y 22 láminas en colores.

De todos nuestros lectores es conocidísimo C. W. Leadbeater como escritor competente en asuntos teosóficos, puesto que no transcurren muchos meses sin tener que dar cuenta de alguna obra interesante y sugestiva debida á su fecundo talento. El libro que tenemos hoy entre manos, además de originalísimo, es de los que por imperiosa necesidad debe formar parte de la biblioteca de todo hombre estudioso, y con más razón del ocultista, pues aquí encontrará valiosas sugestiones sobre muy intrincados asuntos y confirmación á difíciles teorías. *El hombre visible é invisible* se publicó en el año 1903, haciéndose á la par una edición inglesa y otra francesa. La edición española debió salir en aquel entonces, pero contrariedades sufridas en la delicadísima impresión de las muchas láminas en colores que ilustran el libro y constituyen la parte más interesante del mismo, hicieron se retrasara su publicación hasta esta fecha.

Constantemente nuestros amigos nos han instado para que fuera un hecho la publicación de esta obra, y hoy nos congratulamos de ver realizado tan importante trabajo, gracias á los esfuerzos de nuestro compañero Sr. May-

nadé y D. Luis Aguilera Fernández, que cuidadosamente lo ha vertido al castellano.

Quisiéramos hacer en el poco espacio que disponemos un resumen del contenido del libro, lo cual no es posible por las muchas é importantes consideraciones que ocurren sobre los asuntos en el tratado, lo que nos obliga á limitar nuestros deseos.

Empieza la obra por una lámina en colores donde se ven representados todos los que corresponden á las pasiones humanas y á cada estado anímico. Esto no es nuevo para muchos estudiantes de ocultismo; pero hoy, perfectamente fijado en sus términos, entra á formar parte del conocimiento general de los que estudian la Teosofía. Siguen á esta lámina tres diagramas: el primero está dedicado á los planos de la Naturaleza, explicándose en ella de una manera gráfica aquellos puntos en que aún reina gran confusión entre los estudiantes y determinando claramente la correspondencia entre los planos universales, los subplanos de los estados materiales y los principios de que está constituído el hombre. En el segundo diagrama se trata de las tres emanaciones divinas á través de los siete planos inferiores, también designadas en lenguaje teosófico con el nombre de *Las tres oleadas de vida*. El tercer diagrama trata de la *involución* y *evolución;* sirve de complemento al segundo para su mejor inteligencia y ampliando lo que se sabe sobre la marcha y desarrollo de la esencia monádica.

Hasta aquí puede decirse que sólo se trata de la introducción del libro, pues estos capítulos y láminas son como los preliminares ó preparación para facilitar el estudio de lo que sigue.

Las láminas que vienen después son como fieles copias del hombre en sus diferentes momentos del progreso y en los diversos estados en que se encuentra movido por las pasiones que no sabe dominar, apareciendo localizados los resultados de estos movimientos de ánimo en su compleja relación con los hábitos del individuo. La belleza y ciencia contenida en estos dibujos puede figurársela el lector por las siguientes palabras conque nuestro amigo D. Luis Aguilera da principio á la edición española:

«.....esta obra no reviste menos interés y capital importancia, puesto que »es la primera que nos permite con nuestros sentidos limitados formarnos »una idea aproximada de los vehículos sutiles del alma, tal como pueden ser »vistos por un clarividente ejercitado.»

Por último, una lámina final, en gran tamaño, nos presenta el tipo perfecto, meta ideal á que todos aspiramos, llena de amplitud de vida, fuerza y amor.

De lo expuesto, fácilmente se deduce la importancia de este libro—que llena un vacío—para el estudiante, dándole indicaciones y ejemplos que le permitan avanzar en la adquisición de la verdadera Ciencia.

M. TREVIÑO

Artes Gráficas. J. Palacios. Arenal, 27.